

pasándose una mano por los ojos...; tal vez charlo demasiado, pero es un defecto de los viejos que se puede perdonar. Sin duda habrás oído hablar de Juan Bassi, aquel que servía en artillería, que tanto se distinguió en la guerra del 60 y 61 en el Garigliano; que se ofreció espontáneamente á llevar una orden del general bajo una tempestad de balas y luego cogió una bandera, por lo cual le dieron la medalla de oro y todos los periódicos hablaron de él. Lo debes haber oído nombrar; es un hombre que honra al país; hace seis años que está en Francia y en el pueblo no queda nadie de su familia más que su primo el carretero. Pero tú no puedes acordarte de cuando volvió á casa después de la guerra. Pues bien; fué una escena que deberían haber visto todos cuantos van á servir al rey. Había dejado aquí á su padre viejo, su mujer y una hija de dos años que se llamaba Luisita y era un angelito. Había ido soldado en 1858. Después de su partida sobrevino una guerra tras otra, no pudo tener licencias temporales y no volvió hasta 1862 en que cumplió su empeño. La nueva de su hazaña la dió el alcalde. Hacía tiempo que el padre y la mujer vivían en la mayor angustia por falta de noticias. Una mañana se presenta en su casa el alcalde: vivían enfrente de Santiago; entra, los encuentra á los dos solos, tristes como de costumbre, y les dice: «¿Hace mucho tiempo que no habéis tenido noticias de Juan?» Padre é hija se levantan asustados y contestan: «Hace ya dos meses. — Pues bien, repuso el alcalde; vuestro Juan... — ¿Ha muerto?, exclamaban ambos. — ¡Qué ha de haber muerto!, respondió el alcalde. Está vivo y muy vivo, á Dios gracias. Leed este periódico.» La mujer lo desdobla, ve en él una señal encarnada, empieza á silabear..., figúrate la maravilla y el placer. El diario trataba de todo exactamente, nombre, apellido, con la relación del hecho, lo de la medalla de oro, orden del

día y qué sé yo qué más. Aquellos pobres seres se quedaron al pronto estupefactos y luego parecían locos. ¡Ahí es nada! La medalla de oro, que no se concede más que á los valientes entre los valientes; una cosa grande, tanto que un soldado con esa medalla es casi como un príncipe, se le conoce en todo el ejército, y en punto á honor no hay nadie que esté sobre él. La noticia circuló rápidamente por todas partes; todos corrían á ver al padre y á la mujer de aquel gran soldado: acudían hasta las personas que veraneaban en los contornos y les llevaban regalos. La casa de Bassi estaba llena de toda clase de presentes, y amigos por aquí, amigos por allí, todos los llevaban en palmas. Era un triunfo continuo. Luego se recibieron cartas del muchacho, á continuación las comunicaciones de las autoridades y después la noticia del licenciamiento de la quinta del treinta y siete. Figúrate aquel buen viejo y aquella pobre mujer que hacía cinco años que no habían visto á Juan... Finalmente llegó la última carta, que decía: tal día, á tal hora. Fué una fiesta. Bassi debía llegar á la estación del ferrocarril, que entonces estaba á una milla de aquí. Todos los vecinos convinieron en ir á recibirle. Llegado el día, se reunió mucha gente que fué en busca del anciano, la esposa y Luisita, que puede decirse no conocía á su padre y había crecido mucho, tenía siete años, y una señora la había vestido como una princesa, y todos juntos se encaminaron á la estación. Había allí más de doscientas personas con música y una bandera; estaba el alcalde, algunos señores y yo acompañábamos á la esposa, que parecía atontada y lloraba, y sus amigas le decían: «Teresina, ¡qué poco te lo figurabas cuando pelabais la pava al pie del olmo de Santiago!» Nos dejaron entrar á todos en la estación hasta el andén. Quién llevaba una botella para ser el primero en darle de beber; quién cigarros, quién ramos de flores, y

Luisita tenía alrededor un grupo de gente que la acariciaba y la decía: «Ahora verás por primera vez á tu padre.» Por fin se oyó el silbato de la locomotora: hubo que sostener al anciano, á quien le flaqueaban las piernas, y el alcalde dió el brazo á Teresina que se sentía indispuesta. El tren llega, se detiene, bajan cuatro ó cinco soldados y todos los rodean preguntándoles: «¿Dónde está Bassi? ¿No ha venido? ¿Adónde ha ido? ¡Bassi!, ¡Bassi! — ¡Ahí está!,» se oye gritar, y él en persona se asoma al vagón: un soldado alto, moreno, guapo, alegre, con la medalla de oro en el pecho; se apea, mira á la gente, lanza un grito, y ciñe en un mismo abrazo á su padre y á su mujer, poniéndose á dar tantos besos en las dos cabezas que parecía loco, mientras tocaba la música y todos gritaban y se empujaban para llegar hasta él. De pronto sintió que le tiraban del capote; se vuelve y ve una carita y dos manecitas que se alargan hacia él... Al pronto no la conoce. «¡Es Luisita!,» gritan todos. A mí me habían empujado hacia atrás, de suerte que no vi nada: pero oí un grito que me llegó á lo más hondo del alma y que nunca he olvidado; el grito del júbilo más intenso, más merecido, más santo que pueda sentir el corazón del hombre; la alegría del soldado valeroso que regresa al seno de la familia y puede decir á sus hijos: «En este pecho contra el que os estrecho, la patria ha puesto una señal de su gratitud y de su admiración.»

Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos, y viéndole conmovido, quiso despedirle mientras llevaba la impresión viva y entera de sus palabras.

— ¡Ea! Ahora vete, le dijo cariñosamente empujándole hacia la puerta, y ven á saludarme antes de marchar.

Carlos, vivamente comovido, intentó decir algo, al menos por salvar las apariencias del amor propio; pero sólo pudo bal-

bucear algunas sílabas incoherentes; se dejó llevar hasta la puerta, y no pudo resistir á un impulso del corazón, que le obligó á exclamar:

— Muchas gracias.

Y salió humillado y descompuesto.

— Ya te he echado la buena semilla en el corazón, dijo para sí el cura cerrando la puerta; lo demás es cuenta tuya.

## XI

Carlos se detuvo convulso en medio del camino, y permaneció un rato en la más angustiada incertidumbre. En aquellos pocos minutos se decidió su suerte. Lo primero que se le ocurrió fué correr á ver á Camila y decirle: «Sí, iré al servicio, estoy arrepentido, soy otro, perdóname por lo que te he hecho padecer y no se hable más del pasado.» Pero aún no se había acabado de decir á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su orgullo salvaje y aquella feroz voluptuosidad del despecho, cualidad dominante en su naturaleza, se había antepuesto á todo. Estuvo un momento allí parado, jadeante, como si hubiera dado una larga carrera, y luego dijo resueltamente: «¡No, no! Todo son palabras. Todos están de acuerdo para hacerme arrastrar la cadena. Es inútil, es una aversión de la sangre, no puedo, no ha de ser, aunque tuviera que vivir como un bandido ó como un perro.» Y echó á andar presuroso á la tienda del amigo.

Cuando Carlos le refirió su conversación con el cura, Marcos se encogió de hombros, sacó del cajón un periódico roto y dijo:

— Oye lo que voy á leerte, y luego harás lo que quieras. Y leyó lo que sigue:

«...Hemos sido testigos oculares del exceso de furor bestial á que puede arrastrar al hombre ese insensato celo por la disciplina, que se encarece como una de las más elevadas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía de un ejercicio fatigosísimo; los soldados, en ayunas, caían exhaustos



Dicho esto, el cura echó una mirada de soslayo á Carlos.

de fuerzas, y en vano se afanaban los jefes por hacerlos seguir adelante. Entonces el coronel reunió á todos los oficiales y les dijo: «Es preciso de todo punto llegar á tal hora; hagan ustedes uso de los sables.» Y todos los oficiales á la vez se lanzaron sobre los soldados gritando: «¡Ánimo! ¡Adelante!» pateando y blandiendo los sables. Pocos soldados pudieron levantar-